

EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Sumario. *El lujo y sus consecuencias*, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—*Sobre la tumba de mi madre*, poesia por don A. Alcalde Valladares.—*Un rasgo de Eugenio Delacroix*, traduccion por Maria del Pilar Sinués de Marco.—*El coral*, por Florencio.—*El libro*, por L. F. M.—*La pluma*, por A. F. G.—*Modas*, por Pamela. LÁMINA. *Un pliego de dibujos.*

EL LUJO Y SUS CONSECUENCIAS.

Con un nombre desautorizado, con una pluma harto débil y mal cortada, pero con la seguridad en la conciencia y con el buen deseo en el alma, voy á hablar de una pasion, que llegando á dominar los corazones humanos, ha venido á transformarse en una locura, en una fiebre insensata que ahoga la voz de la razon, hace enmudecer á la prudencia, y hasta ¡triste verdad! mancha la virtud, y es el cáncer venenoso que corroe la sociedad entera.

Para designar los males que trae en pos, no usaré un lenguaje inspirado, ni adornado con las flores del ingenio, pero la palabra que brote de mis labios será sincera como la intencion que me guía: y mis asertos serán indestructibles, porque no voy á hablar en nombre de una opinion que puede ser pasajera ó errónea, ni en el de este ó aquel interés político que es convencional; ni en el de la filosofía que está sujeta á controversias y discusiones: voy únicamente á hablar en nombre de la religion, voz contra la cual, la menor duda es una impiedad, la mas insignificante objecion, una culpa: voy á hablar en nombre del deber, voz que se alza severa y potente, y ante cuyo eco enmudecen las ambiciones y los deseos, y mueren las desenfrenadas pasiones; voy á hablar en fin de todos los intereses, de todos los lazos, de todos los amores atacados en su base por ese anhelo fatal de ostentar mas de lo que poseemos, y de querer separarnos de la esfera en que la mano de Dios nos ha colocado.

Año I.—NÚM. 7.

Dirigid, si no, una mirada en derredor, y decidme lo que veis; al artesano disfrazado de señor, á la jornalera transformada en ilustré dama. ¡Ridículo baile de máscaras en que cada cual quiere aparecer mas de lo que es, sin pensar en los medios que ha de emplear para lograrlo! Un lazo, un diamante, una blonda, son los objetos ambicionados, hácia los cuales se lanzan hoy el corazon y el pensamiento: y no hay medio de que se olviden estos objetos, si una vez se ha visto que otra los luce: es preciso conseguirlos aumentando su valor ó su brillo, para dejar oscurecidos los que hemos admirado.

La profusion de galas, la ostentacion del lujo, ha venido á ser el becerro de oro de la época actual, al cual rinde culto y adoracion hasta el menestral mas humilde; ¡oh, cuántas y cuántas lágrimas, cuántos y cuántos pesares trae envueltos entre su oropel y su atavío!

La madre de familia, ese ángel de amor y paz que Dios ha colocado como un rayo de sol entre la sombra del hogar doméstico, enloquecida por tan fatal influencia, gasta el patrimonio de sus hijos en ricos trajes, en soberbios adornos, sin meditar que mañana aquellos mismos hijos sufrirán los horrores de la miseria; ó guiados por el ejemplo y precisados por la costumbre, acudirán al crimen, para adquirir lo que sus padres debieron haberles conservado aun á costa de mil sacrificios.

La esposa, compañera inseparable del hombre, árbol frondoso y bello á cuya sombra debia descansar de los afanes y trabajos de su laboriosa vida, arrastrada por el demonio del orgullo, aconsejada por el genio de la envidia, abandona ó deshonra el techo conyugal, y ostenta llena de alegría los encajes y las cintas que obtuvo quizá á trueque del honor y del reposo del que le dió su nombre, su corazon y su vida. ¡Ay del mañana en que esa desgraciada sienta arder en su alma la tranquila luz de la verdad, é iluminada su razon por su sereno brillo, contemple cuánto

MADRID 24 DE FEBRERO DE 1864.

perdió en el cambio! Sin paz, sin esperanzas, sin porvenir, sin esa consideracion humana que quiso atraerse su vano adorno, comprenderá que el atavío que el tiempo no aja, que las flores que no seca el estio, son las virtudes, la modestia, la inocencia y la pureza, dotes ante las cuales la sociedad, por muy frívola y egoísta que se la juzgue, se inclina con respeto, y las saluda con admiracion.

La tímida niña que apenas sale de la infancia y á quien Dios prestó belleza, juventud y gracia, dotes que la engalanan mejor que las mas caprichosas telas y los mas hermosos brillantes, cegada por el ejemplo, que vé do quiera, aspira tambien á brillar, á arrastrar sedas y terciopelos, sin pensar, en su inesperienza, adonde la llevará tan fatál anhelo. ¡Infeliz de ella, infelices los autores de sus dias, si al querer traspasar los límites que el Cielo puso á su fortuna, no vacila en trocar su toca de virgen por los velos de la impúdica Mesalina, ó por el manchado traje de la despreciable meretriz!

Acaso tachen algunos mis palabras de exajeradas ó erróneas; mas por desgracia, esto que pudiera llamarse una utopia de la imaginacion, se vé todos los dias con frecuencia, y la miseria y la desmoralizacion, cubiertas de brillantes harapos, pululan en nuestras calles, inundan nuestros paseos, arrastrando tras sí á la generacion presente, con la palanca de la emulacion y con el impulso del estímulo.

Hé aquí porque oyendo solo la voz de la conciencia, he señalado hoy, siquiera sea ligeramente, las consecuencias del lujo, é indicaré mas adelante los medios de combatirlo.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

SOBRE LA TUMBA DE MI MADRE.

Vago rumor que indefinible zumba,
melancólica voz del huracan,
eco maldito de terrible tumba,
último acento de placer fugáz.

Nube preñada de amargoso llanto,
sol que refleja moribunda luz,
rosa marchita que perdió su encanto,
cielo que llora su perdido azul.

Aura que gime en pantanoso valle,
de roto cáliz inodora flor,
desierto mundo, solitaria calle,
pájaro triste que al cantar murió.

Esa es mi vida; al despuntar la aurora
sin calma el corazon siente y respira,
y cuando el sol oseurecido llora

doliente el alma entre el pesar respira.

Pasó mi vida como pasa el viento,
cual pasa el buque que el vapor enciende,
como el ave que cruza el firmamento,
cual fiero rayo que los aires hiende.

¡Nada me resta! mis cansados ojos
vieron la flor de su querer perdida,
y hallaron un bagel lleno de abrojos
en el revuelto mar de nuestra vida.

Qué importa que Dios te dé
un rayo de bienandanza
si huyó la paz que soñé,
si han matado mi esperanza,
y han destrozado mi fé!

Deja, flor encantadora,
que yo tu perfume guarde
dentro del alma que llora,
¡por qué nacer con la aurora
para morir con la tarde!

¡Por qué tu frente besando,
por que tu amor bendiciendo
y la esperanza guardando
para anochecer llorando,
para amanecer muriendo!

Flor, que solo por mi mal
rico porvenir guardó
en su cáliz celestial:
azucena que murió
al soplo del vendabal.

Detente: no en el ocaso
se hundió tu frente querida;
no queda mas de tu paso
que un triste recuerdo acaso
trás una sombra perdida.

Mas no, queda mi razon
que mira, madre, en tu historia
su mas risueña ilusion,
y aun queda mi corazon
para guardar tu memoria.

Vive de mi amor la palma,
que ni la pena la trunca
ni el dolor roba la calma,
porque te amo con el alma
y el alma no muere nunca.

Ve mi esperanza revolando en trizas
cruzar los aires en revuelto giro,
sus restos enterrando en tus cenizas
al triste son de su postrar suspiro.

Pobre recuerdo que incesante vaga,
ya mi camino de dolor sombrea,
turba mis sueños insepulta maga
que gira en pos de funeral idea.

Último adiós de la esperanza mia,
plácida sombra de paternos lares,
bajo la losa de la tumba fria
espiren entre el polvo mis cantares.

Ante el sepulcro que vacila y eruge

al rudo embate de Aquilon bravío,
deja que ansioso el corazón dibuje
la imagen, ¡ay! del pensamiento mio.

Rotos por siempre los amantes lazos
que sostuvieron nuestra fé querida,
desciende de los cielos en pedazos
la alegre estrella que alumbró mi vida.

¡Todo acabó! de mi ventura hermosa
están cerradas las brillantes puertas,
mi placer sucumbió bajo tu losa
quedando al par mis ilusiones muertas.

Muerta la fé de mi divino encanto,
marchita el alma que el amor inspira,
queden por siempre entre mi eterno llanto
roto mi corazón, rota mi lira.

A. ALCALDE VALLADARES.

UN RASGO DE EUGENIO DELACROIX.

I.

Hará como unos veinte años que el ilustre maestro de la escuela romántica de pintura, Eugenio Delacroix, cuya pérdida ha afligido hace poco tan vivamente á las artes, se hallaba buscando descanso á sus tareas en la pequeña ciudad de Saint-Germain-en Laye.

Una mañana que se paseaba por una calle situada á la salida de la poblacion, vió reunida mucha gente á la puerta de una casa pequeña y de pobre apariencia.

Llevado de un natural movimiento de curiosidad, se acercó, preguntó el motivo de aquella aglomeracion de personas, y uno de los que componian el numeroso grupo se encargó de responderle.

—Es, dijo, con una especie de satisfaccion maligna, que vive ahí una jóven viuda á la que están embargando cuanto posee para que se cobre su casero, al que debe algunos alquileres.

Dicho esto, el complaciente curioso volvió á ocupar su sitio, sosteniéndose sobre las puntas de sus piés para ver mejor lo que sucedia.

Delacroix se aproximó tambien, é hirió sus ojos un espectáculo muy triste.

La multitud se hallaba agrupaba en torno del que subastaba, y éste se veia rodeado á su vez del miserable mobiliario de la triste víctima del rigor de la ley.

La pobre mujer era jóven y bella: pero su rostro se hallaba alterado por largos dias de miseria, y por una afliccion honda y amarga: sentada sobre una gran piedra, á la puerta de la que habia sido su casa, seguía con una mirada ansiosa las peripecias de la venta, calculando dolorosamente el producto probable en su espíritu alarmado, y preguntándose si el cielo en

su bondad, permitiría que le quedase del fruto de su despojo, con que encontrar un asilo para ella y sus hijos.

Los dos niños, pobres y pequeños seres, se abrazaban á la viuda, sin comprender el aflictivo tumulto de una venta judicial: solo comprendian los sollozos de su madre y sollozaban con ella.

II.

Apenas habia estendido Delacroix una mirada sobre aquella triste escena, cuando el hombre que llevaba la subasta presentó al público un cuadro bastante grande: era un lienzo ennegrecido, y roto por muchas partes, que representaba un *Descendimiento de la Cruz*; formaba parte de un lote, con otras tres ó cuatro infimas é insignificantes pinturas, y fué tasado en cinco francos.

Delacroix avanzó hasta penetrar el compacto grupo, y se colocó en primer término.

Luego se acercó al lienzo, le contempló algunos instantes, y exclamó con voz sonora, y en medio del general asombro:

—¡Doy por ese lienzo quinientos francos!

El tasador, aturdido como todos los presentes, contempló con la boca abierta al atrevido postor, y reconoció á Delacroix: entonces buscó con ansiosa vista al propietario, se inclinó hácia él, y le dijo algunas palabras al oido.

El casero asistía á la venta, para hacer subir ávidamente todos los objetos, que el creía se iban á adjudicar á muy bajo precio, y despues de oír el misterioso aviso del tasador, dijo con gran prosopopeya:

—¡Mil francos!

—¡Dos mil! ofreció Delacroix.

—¡Dos mil quinientos! gritó el casero con voz triunfante, y con los ojos chispeantes de alegría.

—Quedaos con él, caballero, dijo cortesmente el gran artista: tengo el gusto de cedéroslo: el cuadro no vale tanto segun mi juicio.

Dicho esto, se alejó lentamente.

Fácil es juzgar del asombro producido por esta escena en el curioso vecindario; pero seria imposible de imaginar la alegría, la felicidad de la jóven madre, que de la mas profunda miseria, enfrente del mas horrible porvenir, se halló, sin saber cómo, en posesion de una fortuna, de una fortuna inmensa para ella y sus hijos.

Abrazaba á los dos niños, bendecía á Dios, bendecía al cuadro, cuyo miserable aspecto le habia preservado de una venta que hubiera realizado á cualquier precio quizá, si le hubiera reconocido el mas leve valor: y bendecía, por fin, al hombre enviado por la Providencia, para hacer conocer aquel oculto tesoro, y arrancarla así á la mas cruel indigencia.

La venta terminó pronto; mas apenas produjo, aparte del precio de *El descendimiento de la Cruz*, con que cubrir la suma á que ascendían los alquileres vencidos, aumentada con los enormes gastos de las costas: sin embargo, el precio del cuadro quedó entero en manos de la viuda.

III.

El casero marchó al instante á París, y fué á buscar sin perder tiempo á un hábil restaurador de pinturas, para tratar con él acerca de su preciosa adquisición, preguntándole ansiosamente á qué gran maestro, á qué sublime pincel era debida.

El artista soltó una carcajada.

—Caballero, le respondió: esto es una malísima copia.

—¡Cómo! exclamó poniéndose pálido el casero: ¿no es un original?

—Ya he tenido el honor de decirlo que es una detestable copia: y ahora añado que no merece que gasteis ni en una restauración ni en un marco.

El pobre hombre salió con la muerte en el alma: sin embargo, aun le quedaba una leve esperanza: ¡el artista podía haberse equivocado! ¡se equivocan tantas veces los artistas! ¡quizá el exceso de trabajo le impedía limpiar su querida pintura, y la rebajaba porque no le era dado encargarse de ella!

Pensando así fué á casa de otro artista y le dijo lo mismo: corrió otras varias, y de todas salió amargamente desengañado.

No pudiendo ya dudar de su desgracia, todo su encono se volvió hacia Delacroix: tan ignorante como avaro, no sabía de qué modo apostrofarle bastante.

—¡Oh! decía él, siempre que podía contar con algun oyente: ¡Delacroix! ¡vaya un pintor! ¡ese hombre está muy por debajo de su fama! ¡podrá trabajar medianamente, pero no he visto á nadie mas negado para conocer los cuadros!

En seguida contaba con el mayor candor el hecho de que habia sido victima, no sospechando siquiera la lección de beneficencia que habia recibido, la graciosa burla, encerrada en la generosa mistificación, de que habia sido objeto de parte del ilustre artista, ni toda la sensibilidad oculta bajo aquella sublime chanza.

IV.

Poco tiempo despues de los sucesos que anteceden, volvió Delacroix á Saint-Germain.

Una tarde, que atravesaba lentamente una calle, absorto en los sueños, que regularmente embargan al artista y le transportan á otras regiones, se halló delante de una preciosa tiendecita de len-

ceria, modesta, pero coqueta y resplandeciente de aseo y de elegancia, tanto en su interior como exteriormente.

Allí ganaba su pan y el de sus hijos, la jóven á quien tan generosamente habia socorrido: el artista pudo contemplarla graciosamente vestida, y sentada cerca del umbral, dichosa, serena, y vigilando á dos criaturas blondas y sonrosadas, que jugaban y gorgaban delante de la casa.

Muchos dias volvió el artista para contemplar aquel cuadro encantador, tan lleno de frescura y de paz: pasaba su mano, que tanta gloria le habia conquistado, entre los bucles sedosos de aquellas cabezas infantiles, acariciándolas con ternura, y dejaba en las cuatro diminutas manecitas que se le alargaban, algunas monedas que no tardaban en convertirse en bombones y pasteles.

Despues se alejaba con el corazón dulcemente conmovido de alegría, y diciéndose:

—Hoy he descansado muy agradablemente de mis tareas.

¡Era de ver como corrían los pequeñuelos hácia él así que le divisaban, para prodigarle sus mimos, y abrazarse á sus rodillas! La madre acudía tambien atraída por las exclamaciones de los niños, y sonreía á Delacroix, porque una madre sonríe siempre á quien acaricia á sus hijos. Mas no reconoció nunca aquel noble rostro, que no habia podido mirar el dia de la venta, embargada por su dolor, ni sospechó jamás que aquel desconocido era un gran génio, y tenia un gran corazón, al cual, ella y sus hijos debían la salud, la tranquilidad y la ventura!

(Traducción libre del francés.)

MARÍA DEL PILAR SINÚES DE MARCO.

EL CORAL.

Á vosotras, queridas lectoras, que por naturaleza sois tan aficionadas á adornaros, y especialmente con lo que mas brilla y mas vivos colores ofrece si en algun modo puede aumentar vuestros encantos y naturales gracias; á vosotras, que desde que el mundo es mundo habeis puesto á contribucion cuanto la pródiga mano del Supremo Ser esparció en la tierra de hermoso y raro, porque lo que mas apreciáis vosotras es la rareza y novedad, no os disgustará conocer la historia del coral, que es una de las sustancias que se pueden seguramente contar entre las que mas habeis deseado.

Diferentes opiniones tuvieron los antiguos sobre la naturaleza del coral, y ninguna de ellas se acercó siquiera á la verdad. Quién, como Aristóteles, lo consideró como una sustancia pétreo puramente, cla-

sificíndola en consecuencia entre las del reino mineral; quién despues, como Theophrasto, imaginó que seria una planta marina, dándole su lugar entre los vegetales; quién, despues volvió á la primera opinion, aduciendo grandes pruebas para confirmarla, y como á esta se sucedió la otra, siguiendo en este flujo y reflujo hasta que el sábio naturalista inglés Milne Edwards halló la verdad y la definió. Y por cierto que las manifestaciones del coral dan lugar mas que sobrado para sostener las dos teorías de los antiguos, no disponiendo como no disponian, de los poderosos medios de observacion y de los conocimientos afines que se han ido acumulando hasta nosotros.

Para la primera teoría, tenian en su favor la estremada dureza y consistencia del coral, la sustancia calcárea que le compone, su estructura, y otras mil cosas que pudiéramos citar y que mas tarde apuntaremos. Y si bien debió llamarles la atencion la capa carnosa que le cubre, la supusieron formada de los limos que las aguas depositan en cualquier cuerpo que dentro de ellas se coloca.

Observado despues con mayor detencion, hallaron que esta capa era mas organizada que lo que á los limos, algas y demás vegetales marinos convenia, y de aqui nació la segunda teoría. Suponian que la parte consistente del coral no era otra cosa que el corazon duro del arbusto cuya corteza contribuia á su acrecentamiento, recibiendo, en su consecuencia, la vida por *justa posicion*, como sucede en los minerales. Esto dicho, apartémonos de tan varias é inesactas teorías que en el dia ya no nos importan gran cosa, y pasemos á lo demostrado por Milne Edwards, y confirmado despues por considerable número de hombres respetables en la ciencia.

Segun éste, la reunion de una multitud de pequenísimos animalillos, á quienes dan los naturalistas el nombre de pólipos, zoofitos y otros varios parecidos, es la que forma con las sustancias que destilan ó segregan la materia roja de que, cuando menos, teneis un sencillo alfiler. Y como para venir á esta formacion, debemos conocer, siquiera sea ligeramente, las condiciones de este animal, su modo de ser, etc., trataré de daros una idea de él, verdadera y distinta, aunque desprovista, en cuanto sea posible, de los nombres griegos de la ciencia.

Considerado separadamente cada animal, no es ni mas ni menos que un tubo recto formado por dos finísimas túnicas ó membranas que bajan unidas é iguales hasta la mitad de su cuerpo. Al llegar á este punto, la túnica superior engruesa considerablemente y se junta con la de los otros animales que á su alrededor se encuentran, constituyendo así una capa ó celda comun.

Esta union entre unos y otros, se verifica en circulo; es decir, que la masa comun de los pólipos deja en su interior un hueco circular.

La mitad superior de cada individuo puede entrar á su voluntad en la porcion comun á la manera de los cuernos de los caracoles, de modo que cada uno tiene una celilla particular así como las abejas. Esta parte superior y libre del animal lleva en su terminacion una boca guarnecida de ocho pequeñas puntas ó cuernos, (*tentáculos*), festoneadas á su vez de apéndices, que le sirven para chupar las sustancias alimenticias y conducir las por otro pequeño tubo, que empieza en la boca hasta el vientre ó abdómen al que se une hácia la mitad de la parte libre del animal.

Su abdómen es una cavidad agujereada, tambien tubular, pero mayor, que parte, como hemos dicho, de la mitad libre y continúa por toda la masa de los pólipos. De la boca descienden ocho tabiques ó telas membranosas que se unen á las paredes del animal y al tubo alimenticio, teniendo á este suspendido y formando ocho canales diferentes.

Al llegar al abdómen, quedan desprendidos de un lado, engruesan bastante, y forman grandes pliegues arrollándose sobre sí mismos. De la porcion comun, se segrega el *carbonato de cal* mezclado con *gelatina*, en forma de granillos ó espigas, que vá á depositarse dentro del circulo formado por la red ó malla de los tejidos de todos los pólipos, constituyendo la masa compacta llamada *coral*.

A medida que esta masa vá llenando el hueco primitivo, y se vá condensando y depurando por la afinidad, las generaciones de pólipos se suceden, tambien alrededor, ramificándose á veces y siempre á lo largo, formando así una especie de arbusto desprovisto de hojas, como sin duda habreis tenido ocasion de observar. Por manera que, visto en su totalidad, presenta el aspecto de un eje ó tronco de árbol rodeado de una costra carnosa y gelatinosa, que, como ya sabeis, es la reunion de los animales que le producen.

El coral es macizo, compacto, de mayor dureza que el mármol, inflexible, rompe como el vidrio, es decir, sus partes separadas quedan brillantes y lisas, y está finísimamente estriado á lo largo, ó sea con pequeñas rayas.

Estas condiciones, su color rojo y el pulimento y trabajo que puede dársele, son las razones que desde tiempos antiguos le han hecho tan apreciado de la belleza, y las que le han valido el poético nombre de coral, que en su etimología griega quiere decir, soy el mejor y mas hermoso ornamento del mar.

El coral, es abundantísimo en la naturaleza, tanto, que en el mar Pacífico y sobre todo en la Oceanía, se conocen puntos donde la reunion de inmenso número de estos animales mezclada con arena, limos y guano, han formado islas tan firmes y consistentes, que están habitadas con la mayor seguridad por crecidas poblaciones, y que habreis oido designar con el nombre de *arrecifes* ó *bancos de coral*, aunque en verdad, éste, llamado *madrépora*, no es el que en la actualidad nos ocupa.

En los tiempos pasados, se hacia la pesca del coral, por medio de diestros buzos que bajaban y le arrancaban de su asiento. Despues, cuando los adelantos dieron á conocer medios menos arriesgados y mas cómodos, se emplearon y siguen empleándose para ese objeto una especie de dragas, con brazos de hierro dispuestos en cruz, que dejándolas caer en el fondo del mar y arrastrándolas en cualquier sentido, cortan y estraen los ramos coralinos depositándolos en la caja de la draga.

Así los antiguos como los modernos explotaron esta sustancia preciosa en las costas del archipiélago Indio y en el mar Mediterráneo, cerca de Marsella, de Cerdeña, de las Baleares y Berbería, prefiriendo, entre todos, el que produce Marsella por su color vivo. Ya se deja conocer que la pesca del coral habrá sido, no solo objeto de leyes y privilegios especiales, sino tambien, como sucede á todas las cosas que tienen valor en el mundo, objeto de guerras. En efecto, en 1450 se concedió privilegio esclusivo para pescar en las costas de Berbería á una compañía francesa. Este privilegio duró hasta 1791 en que se declaró libre para todos los franceses. Mas tarde se apoderaron de la explotacion los italianos, y se dieron varias leyes para arreglar los términos en que se habia de verificar; pero no fueron de larga duracion ni muy cumplidas, porque en 1802 entraron á poseer los ingleses aquella parte del Africa y de consiguiente sus producciones.

Esta nacion, que de algun tiempo á esta parte viene siendo la desarrolladora por excelencia del trabajo y de la industria, desenvolvió la pesca del coral, apenas de ella se hubo posesionado, de una manera asombrosa. Catorce años explotó los bancos de la Berbería, y al finalizar este plazo volvieron al poder de sus antiguos dueños, si bien no pudo sacar de ellos ya las cuantiosas sumas que los ingleses.

La guerra con la Argelia privó de nuevo á los franceses del lucrativo producto del coral, hasta que en 1830 pudieron plantear de nuevo y tranquilamente su explotacion, llegando á subrepujar á la de Inglaterra.

Mucho tiempo hacia que no se recordaba una pesca igual á la de 1852. En este año estraño cada barco, de los 156 desti-

nados á ella, 18 arrobas próximamente, ó sea un total de 2,808 arrobas que vendidas cada una á unos 3,000 reales asciende el valor de la pesca, á la respetable suma de 8.424,000 reales. Y este valor no tiene comparacion con el que se espera sacar de los hermosos bancos ha poco descubiertos en las costas de Orán. Y pasmaos, queridas lectoras, tan pronto los caprichos de la moda hacen que cantidades tan exorbitantes de esta materia no basten á satisfacer vuestros pedidos; tan pronto la misma moda relega al olvido tan favorecedor adorno y quedan los almacenes atestados de él y sin esperanzas de venta.

Ocasiones ha habido, en que no bastando el coral natural, pensó el hombre en imitarle, y aunque no á la perfeccion lo consiguió.

(Se concluirá)

FLORENCIO.

EL LIBRO.

Hay un ser privilegiado, al cual debemos la mayor suma de beneficios en esta vida, y al cual nunca se lo agradecemos.

Es ya muy viejo, y sin embargo essiempre joven.

Dios se valió de él como dócil instrumento de su omnipotente voluntad para que mejor le conociésemos.

Moisés, Budha, Zoroastro, Fo-hí, Mahoma, hasta el mismo Jesucristo, le pusieron á su servicio.

Cuenta miles de años, pero todos los dias se renueva.

Hace mas de tres siglos dijo: «Humanidad, hasta ahora has caminado volviendo la cara hácia atrás; desde hoy puedes mirar siempre adelante y progresar sin temor de que se te olvide lo pasado. Yo me encargo de recordártelo cuando quieras.»

Desde entonces no nos abandona nunca.

Cuando estamos tristes, nos consuela; cuando ignoramos, nos enseña; cuando le buscamos, nos espera; cuando le abandonamos, se calla paciente; cuando volvemos á él, nos acoje otra vez sin mostrarse ofendido.

Hace reir, hace llorar; pero él no rie ni llora nunca.

Los tiranos de la tierra le han perseguido, le han arrojado á las llamas y han aventando sus cenizas. El sobrevive ileso, como los tres niños del horno, de que nos hablan las santas escrituras.

A él debemos todos los progresos; él es el encargado de ilustrar las generaciones que vienen y de conservar la memoria de las generaciones que en la eternidad se hunden.

Un niño puede llevarle, y él nos conduce á todos.

Es tan pequeño que jamás alcanza á

la estatura del hombre, y es tan grande que se extiende por toda la haz de la tierra.

Es mudo, y habla siempre que se le interroga, y nos revela los pensamientos de todos los hombres.

Cuando perdemos la esperanza, las ilusiones, el amor, que es la riqueza del corazón, la riqueza que es el áspid de la conciencia, y vamos á caer en la tumba, él nos acompaña solícito, derrama dulce bálsamo sobre nuestras heridas y nos señala el cielo como patria de verdadera y eterna bienaventuranza.

Existe hace millares de años, y vivirá hasta que la humanidad perezca, entregando á cada cual el legado de todos sus ascendientes.

Este sér es el libro. ¡Bendito sea!

I. F. M.

LA PLUMA

Hay un objeto tan necesario como ese amigo cariñoso que nos habla y entretiene, que se llama libro, y sin el cual no puede este existir.

Este objeto es la parte mas necesaria de lo que constituye el escrito: nació con el primer libro, y en todas partes se encuentra y en todas partes se respeta.

El filósofo no puede vivir sin ella; los enamorados ausentes la adoran; los niños la cuidan desde que saben leer, y no se conciben sin su poderoso influjo ni aun siquiera las palabras,

Ella es un escalon para subir al templo de la gloria; ella es la intérprete de nuestros pensamientos; ella ensancha los horizontes de nuestra imaginacion y dá formas á las flores de nuestra inteligencia; ella es el periódico que circula, la oracion que se aprende, la música que se canta, el idioma que se enseña y el arte que nos instruye.

En las manos de un poeta es una flor; en las de una mujer una lágrima y una sonrisa; en las manos de un niño un pretesto; en las de un enamorado, la imagen del corazón.

Vive en una morada muy negra; casi puede decirse que vive en una eterna noche.

Nació en las alas de las aves y se llama la pluma. ¡Bendita sea!

A. F. G.

MODAS.

Voy á empezar refiriéndoos, amadas lectoras, una cosa muy interesante que me participan en una carta de París.

Mme. Luisa Deloffre, es hoy allí la hada inventora de los mas lindos y mas codiciados sombreros.

Los que salen de su casa son tan frescos, tan elegantes, tan poéticos en fin, que uno solo se conoce entre ciento.

—¡Y quién es—me preguntareis—esa Mme. Deloffre?

Eso es justamente lo que voy á deciros.

Luisa Deloffre, antes de trabajar en crespon y blondas, era una jóven y linda criatura, á quien admiraba París como artista de gran mérito.

Cuando dejaba correr en el piano sus pequeñas y bonitas manos, estasiaba á cuantos tenian la dicha de escucharla, y habia llegado á adquirir una gran reputacion.

Su esposo Mr. Deloffre, director de la orquesta del teatro lirico y autor de muchas composiciones deliciosas, es además uno de los mas célebres violinistas.

Pues bien, Luisa, que sigue siendo encantadora, ha dejado el arte por la industria, sin despedirse de aquel.

Su bellissimo salon de la *Chaussée d'Antin*, 52, se transformó el 14 de este mes en salon de concierto, porque ella y su esposo dieron una *soirée* matinal con el concurso de artistas de mérito reconocido.

Mr. y Mme. Deloffre se han hecho oír en él, escitando el entusiasmo de la numerosa y escogida concurrencia que asistió á esta encantadora fiesta.

Luisa es hoy la modista de la juventud, de la gracia y de la hermosura.

Todos sus sombreros, todos sus prendidos, dan á conocer sus aspiraciones artisticas.

Y ahora que ya os he hablado de esta artista, digna dos veces de tan hermoso título, de esta sirena que encanta los oídos, de esta hada que borda de perlas las toquillas de teatro y los sombreros de visita, permitidme, amadas lectoras, que os haga una pregunta.

Cada una de vosotras tendrá un padre complaciente, un hermano galante, ó un esposo enamorado, que le regale de vez en cuando alguna cosa como recuerdo de su cariño; ¿no es verdad? no lo dudo, porque á todas os creo felices, y sin afectos no hay felicidad: oid, pues, lo que deseo que os regalen, ahora que va á empezar la deliciosa estacion primaveral, tan bella y tan alegre.

Deseo que la persona que os ama, os haga el presente de una preciosa y útil caja chinesca, en el fondo de la cual, y atado con

dos cintas color de rosa, haya un lindo traje de foulard procedente de la *Malle des Indes*: si la caja es grande, y contiene tres, tanto mejor: en ese caso no deberán ser los tres de la misma clase, sino uno de tafetan blanco, delicadamente listado de azul de China: otro tambien blanco todo, del foulard, llamado *Corah*, que podeis adornar de pequeñas blondas negras, lo que es del efecto mas lindo: y otro, en fin, de foulard *Shanghai*, que es de mas consistencia y brillo que el tafetan, en fondo gris, negro ó azul con pequeños dibujos griegos.

La *Malle des Indes* es la casa de los regalos de familia, y tiene en Madrid sus sucursales: sus géneros son lindísimos, y á precios cómodos y reducidos.

De otra cosa os voy á hablar, porque ya supondreis, que desde que os participé las hechuras de los trajes, estas no han variado.

Y de qué pensais que va á ser?

Horrorizaos... ¡de miriñaques! ¿Vosotros creereis que esto es hablaros de una antigüedad? pues nada de eso: la casa Thompson de París lleva hoy el cetro, y no hay dama elegante que no posea uno con su marca: los hay para baile, ligeros, y á un tiempo sólidos y flexibles: los hay de todas clases y colores, desde el miriñaque de encage, hasta el miriñaque de lana color Solferino, blanco, gris, escocés, y hasta negro para luto.

Y ahora, no queriendo yo dejaros todavía, es preciso que hablemos de perfumes: os advierto que Mr. Candés, químico de París, ofrece á todas las damas que tengan pecas, su maravillosa *agua antifélica*, que tambien se vende en Madrid—á la verdad un poco cara—en las principales perfumerías.

Yo creo que es un deber en la mujer el embellecerse todo lo posible, y que en tanto que somos bastante jóvenes para asistir á un baile, debemos procurar estar bonitas: nuestras únicas armas son las gracias que cada una debe á la naturaleza y las que puede procurarse por si misma: no renunciemos, pues, á todos nuestros medios de defensa, y aumentémoslos si es posible.

Para conservar al rostro la frescura, nada hay tan excelente como la *crema de rosas*, perfumada con violetas de Parma.

La *crema duquesa* es maravillosa para hermosear el cabello, y darle fuerza y espesura.

El *agua antiride* da al cútis la tersura del mármol, sin quemarlo, por mucha que sea la constancia con que se use.

El *agua de la Florida* es admirable para devolver á los cabellos enfermizos ó descuidados el color y la fuerza que perdieron.

En fin, para perfumar el pañuelo, usad

solo como lo mas distinguido, la esencia de violetas de Parma y de Magnolia.

Puedo hablaros por esperiencia del perfume llamado *Patti*, fresco y suave como la voz de la jóven que conocemos de este apellido: cada frasquito lleva los retratos en fotografia de Carlota y Adelina Patti, y una carta autógrafa firmada por las dos hermanas, en la que conceden al inventor—perfumista de Lóndres,—el permiso que solicita para dar su nombre á ese delicioso aroma, estraido del púdico seno de las dulces y modestas violetas.

Para daros todas las noticias de alguna importancia, concernientes á perfumes, os aviso que acaban de llegar de París unos diminutos frascos barnizados, que contienen una mecha perfumada, la que despues de encendida, derrama un suave aroma en las habitaciones, cuidado indispensable en una elegante y bien ordenada casa.

Los perfumes son de suma importancia en la existencia de las mujeres: son, como si dijéramos, el idioma de los recuerdos, porque nada hay que traiga tanto á la memoria la imágen de la persona amada como el perfume que usa.

No comprendo á la mujer sin perfumes, como no comprendo el campo sin aromas, la floresta sin pájaros, las orillas del manso arroyo sin yerbecillas, la fuente sin rumor, á la jóven sin modestia, á los niños sin alegría, el cielo sin estrellas, el mar sin armonias, la noche sin calma, el dia sin luz, y al género humano sin virtudes.

PAMELA.

ADVERTENCIAS.

En el número inmediato daremos la esplicacion del pliego de dibujos que repartimos con este.

Los números correspondientes al mes de enero se han agotado; pero ya se están reimprimiendo y de un momento á otro esperamos la segunda remesa de figurines y patrones que hemos pedido: creemos que en todo el corriente mes nos será dado complacer á los nuevos suscritores que desean la coleccion completa.

Por todo lo no firmado,
MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1864.—IMPRESA ESPAÑOLA, TORIJA, 14.